

Martínez, José de Jesús, **Mi General Torrijos**, México, Presencia Latinoamericana, 1988, 271 pp.

La lucha contra el imperialismo es eje que unifica la historia de nuestra América desde finales del siglo XIX hasta nuestros días. La resistencia heroica que motivara la agresión foránea trascendió a las diversas historias nacionales y gestó una historia común a los pueblos latinoamericanos.

Uno a uno, cada país de la región sufrió la afrenta de ver mancillada su soberanía, conforme el expansionismo estadounidense ponía en práctica su sueño de extender hasta la Patagonia sus límites territoriales.

En las últimas décadas Centroamérica ha sido la región más golpeada por esta política. Un ejemplo claro de ello es la situación actual de Panamá, país surgido de la mente del primer Roosevelt "que dejó sin su brazo glorioso a Colombia" —como alguna vez escribiera Pellicer. No obstante, con su primer respiro sufrió también su primer cercenamiento; fue entonces cuando Roosevelt profirió su deleznable "I took the Canal". Esto es, mil 431 kilómetros cuadrados de territorio panameño —la llamada Zona del Canal— pasaron a ser dominio de Estados Unidos, lo que se sumó a las distintas concesiones con anterioridad arrancadas al gobierno colombiano. Así, lo que vino a ser la erección de un nuevo país independiente, se convirtió, en forma paradójica, en un Estado dependiente más de los que caracterizan a la América mestiza. De inmediato las empresas transnacionales estadounidenses ratificaron y ampliaron con el primer presidente panameño, Manuel Amador Guerrero, las amplias ventajas anteriormente obtenidas. Ese grupo de empresas, entre las que sobresalía por su negro historial en la región la United Fruit Company, se convirtieron de hecho en un Estado dentro del Estado. A todo ello, la carencia de otros elementos identificadores de una nación, como la inexistencia de una moneda nacional, afectó profundamente la vida del país.

Oponiéndose contra aquellos que pretendían hacer de Panamá un botín, destaca la figura del general Omar Torrijos, quien logra, mediante una ardua negociación que termina con la firma de los Tratados Torrijos-Carter

en septiembre de 1977, la promesa de Estados Unidos de reintegrar a Panamá la Zona del Canal. El tesón nacionalista en la forma de hacer política del general dejará amplia huella en la historia del país istmeño.

El libro de José de Jesús Martínez, *Mi general Torrijos*, premio testimonio Casa de las Américas 1987, narra en una forma anecdótica y amena, sin ser por ello superficial, la vida del general desempeñándose en momentos cruciales para su patria. El libro tiene la virtud de presentarnos al mandatario, para valernos de la expresión de Unamuno, como un hombre de carne y hueso; forma en que pocas veces la historia nos muestra a los hombres en el poder, pues generalmente conocemos del personaje sólo el pensamiento político y referencias fugaces de su vida.

José de Jesús Martínez, "Chuchú", como fraternalmente le llamaba el general Torrijos recuerda en estas páginas al hombre con sentimientos, preocupaciones, ambiciones, ilusiones, etc., que conformaban la personalidad del mandatario panameño. La lectura del libro lleva a realizar una radiografía del personaje, y el autor lo revela de tal forma que el lector puede llegar al entendimiento del porqué de su pensamiento y de sus acciones.

El autor de esta semblanza, poeta, filósofo y dramaturgo, quien refiere que en su momento no estuvo de acuerdo con el golpe de Estado que llevó al poder al general Omar Torrijos, nos cuenta que siendo profesor de marxismo en la Universidad de Panamá y miembro de un grupo de cine experimental que en ese entonces se interesaba por filmar algunas actividades del ejército, decide ingresar a la Guardia Nacional entusiasmado —así lo señala él mismo— por los cantos de los soldados emitidos durante sus entrenamientos matutinos. Por ese entonces, el ejército pasaba por una etapa de reafirmación de sus valores cívicos y cobraba profundidad la conciencia de su papel como salvaguarda de la nación. Es precisamente la grabación de uno de estos entrenamientos (que, como se ha referido, no sólo eran físicos sino también morales), lo que da comienzo al acercamiento entre ambos.

Era deseo del general, como las páginas del libro lo revelan, que el ejército recuperara esa dignidad cargada de sentido político, que le permitiera divorciarse de los intereses de la oligarquía imperial para unirse en segundas nupcias con los intereses populares. Por ello trataba que los miembros de su regimiento conocieran frontalmente la realidad panameña; uno de los muchos ejemplos que ilustran este deseo del general es la orden dada a los oficiales superiores para que visitaran en el hospital infantil el área de desnutrición, donde había niños con autofagia. De allí que el general dijera que en Panamá "la jerarquía mayor la tiene el hambre —haciendo explícito— que la razón tiene rango pero la necesidad tiene jerarquía".

La relación Torrijos-pueblo fue, en palabras del autor, siempre simétrica. Esto ocasionó que el pueblo sintiera al general suyo, de su bando, en sus filas; la relación

de pertenencia se acentúa y explicita con su muerte y después de ella, cuando los estamentos populares toman conciencia de que son ellos los guardianes que deben proteger sus propios intereses. Por eso el trato conferido era de sujeto a sujeto, una relación de tú a usted, porque para el general el pueblo era la fuente de toda autoridad: quería hablar desde él y no para él.

Su pensamiento revolucionario lo lleva a la conclusión de que atender sólo las necesidades materiales crea en una sociedad nueva un hombre viejo, y en consecuencia un hombre que no es feliz. A menudo, por atender sólo los cambios estructurales —pensaba— uno se olvida de cambiar al hombre. Su laboratorio a este respecto fue el pueblo de Coclesito.

En Coclesito el general vive con el pueblo, para el pueblo y como el pueblo, como en la tradicional fórmula democrática. Los campesinos le construyen una casa semejante a la que ellos habitan: chica por fuera y amplia por dentro —espacio que le da la falta de muebles—, con el piso de tierra y un balcón que mira hacia el oriente. Aquí llevaba a cabo sus experimentos: leche gratis para todos los niños y ancianos, medidas tendientes a la eliminación del dinero, planificación de la producción; en fin, buscar la socialización de los bienes.

Su pensamiento "filosófico" habla de la correspondencia entre lo que se piensa y lo que se es, coincidencia necesaria para que prevalezca la sinceridad y, por ende, la verdad sin adjetivos. Torrijos creía que lo que se es o por lo menos lo que se piensa está determinado por el espacio en que se está. Pensar y vivir, si no son verbos sinónimos, deben ser actividades que compartan tiempo y espacio. Desde este punto de vista, la patria para Torrijos era esencialmente espacial, geográfica. El problema del Canal tuvo mucho que ver con esto.

Páginas sucesivas del libro que nos ocupa ilustran al lector sobre el apoyo solidario que Omar Torrijos daba a las luchas de liberación social en Centroamérica. Nicaragua, la revolucionaria, tuvo en todo momento el respaldo del mandatario panameño, sobre todo a la hora de dar asilo a los guerrilleros sandinistas. Durante la guerra, la colaboración del general que al principio es clandestina se hace cada vez más abierta, aun teniendo ya desatada una confrontación diplomática con Estados Unidos, con motivo de la negociación que llevaría a signar los tratados canaleros. De la narración podemos percatarnos de que la ayuda a la Revolución nicaragüense era para el general una inversión a futuro, ya que los cambios que introdujera en la región repercutirían favorablemente en la estructura de Panamá. Esto dio origen a su "teoría de la pelota", que consistía —con sus propias palabras— en aventar la pelota hacia fuera para que rebotara.

Derrotado el somocismo en Nicaragua, el general trasfiere su ayuda a la insurgencia salvadoreña. Es por estas fechas cuando a causa de un atentado aéreo Torrijos pierde la vida.

Los últimos capítulos del libro dan cuenta de las negociaciones de los tratados del Canal de Panamá, sobre los cuales el autor advierte que está "casi convencido" de que tiene más peso histórico para la región y para Panamá el aporte del general a la Revolución nicaragüense, que la consecución de unos tratados que aún no se sabe cómo van a terminar.

El particular concepto de negociación del general y su metodología constituían la parte central de su teoría y práctica políticas. Torrijos consideraba que la soberanía de Estados Unidos no le permitía negociar de tú a tú con Panamá; por ello tenía la convicción de que "la única forma de negociar con los norteamericanos, es con una granada en la mano". La consigna fue clara: o los tratados eran ratificados por el Senado estadounidense o "al día siguiente no iba a ver canal" (sic).

Sin embargo, la firma de los tratados canaleros no era el fin último del general, quien sólo los concebía como un precedente histórico que permitiera la negociación de futuros acuerdos para recuperar la completa sobe-

ranía panameña sobre la Zona del Canal, sin esperar hasta el año 2000, como lo observa el acuerdo vigente.

A una década de la firma de los tratados Torrijos-Carter las violaciones de los convenios por parte de Estados Unidos son muchas. La mayoría tiene por base la llamada Ley Murphy o Ley 96-70, adoptada unilateralmente por el Congreso de Estados Unidos en septiembre de 1979 y que regula el comportamiento de este país en el cumplimiento de los mismos. Hoy, cuando Panamá corre el riesgo de perder lo logrado, sólo el ejemplo nacionalista del general Omar Torrijos, quien estuvo siempre presente en la contienda por defender la soberanía de Panamá y la dignidad de América Latina, puede ayudar al país centroamericano a salir adelante de los momentos difíciles que atraviesa.

La lectura del libro deja de manifiesto que se puede ser un gran estadista sin ser un gran hombre y se puede ser un gran hombre sin ser un gran estadista. Omar Torrijos fue ambas cosas, es decir, un hombre bueno.

Elena Enríquez Fuentes